



dero parricidio contra la libertad pública; háñse esparcido rumores de deslealtad y soborno; se ha hecho un llamamiento á la venganza popular para mantener la tiranía de las opiniones. Podría decirse que sobre las mas candentes y difíciles cuestiones de organizacion social no caben dos opiniones distintas. Pero es una locura, una ceguera censurable la que pone unos enfrente de otros á hombres que en medio de las

discusiones mas empeñadas deberian tender á un mismo objeto y abrigar unos mismos sentimientos, hombres que en vez de servir á la patria se dejan dominar por su amor propio y se entregan mutuamente al odio popular.

»A mí tambien se me ha llevado en triunfo, y á pesar de esto, hoy se grita: «¡La gran traicion de Mirabeau!» No necesitaba ese ejemplo para saber que no hay mas que un paso



Copia de un grabado hecho por los hermanos Klauber en Augsburgo

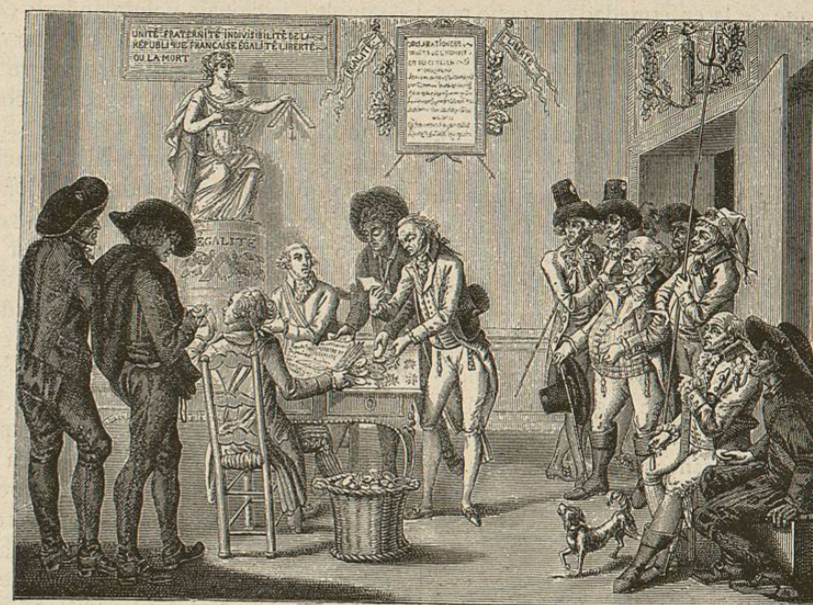
del Capitolio á la roca Tarpeya. Pero el hombre que lucha por la razon y por la patria no se da tan fácilmente por vencido; el que tiene el convencimiento de haber servido siempre á la patria y de haberle sido útil; el que no pretende oropeles, el que desdenea el triunfo del día y tiene en mas la verdadera gloria; el que quiere decir la verdad y atender al bienestar general, no se cuida de la variable opinion del pueblo. El hombre lleva en sí mismo la recompensa de sus servicios, el placer de sus afanes y el premio de los peligros arrojados: toda su cosecha, todo el premio de gloria que

le corresponda, debe esperarlos del tiempo, del incorruptible juez que á todos hace justicia. ¡Acúsenme en buen hora aquellos que hace ocho dias anunciaban cuál sería mi opinion sin conocerla, que en este momento insultan mi discurso sin haberlo estudiado, acúsenme de quemar incienso ante ciertas divinidades precisamente en el momento en que han venido abajo, ó de ser el mercenario de personajes por mí combatidos hasta ahora; señalen como enemigo de la revolucion al que quizás no les ha sido del todo inútil y que, aun cuando esa revolucion hubiera sido ajena á su fama, no

encontraría seguridad fuera de ella; entreguen al furor del pueblo engañado al que desde hace veinte años viene combatiendo la opresion, al que hablaba á los franceses de libertad, de Constitucion y de resistencia cuando sus nobles calumniadores bebían la sustancia de la corte y vivían de todas las preocupaciones entonces predominantes! Esos golpes que desde abajo contra mí se dirigen no me detendrán en mi camino. Yo les diré: contestad si podeis y luego calumniad tanto como querais.» Y despues que hubo rebatido punto por punto el discurso de Barnave y destruido con incontestable dialéctica todo el edificio de sus razonamientos, terminó con las siguientes palabras:

«Se os ha aconsejado que decidais la cuestion adoptando un término medio entre los que afirman y los que niegan; se os ha dicho que por un lado encontraríais hombres que

quieren ascender en el ejército ó ser ministros del Exterior, hombres que están aliados con los ministros y con sus agentes, y que por otro hallaríais «á los ciudadanos pacíficos, virtuosos, desconocidos y nada ambiciosos que cifran su dicha y su existencia en la existencia y en la dicha de los demás.» No sigo yo este ejemplo. Yo creo que es muy contrario así á las reglas de la política como á los principios de la moral afilar el puñal con el cual no se puede herir al adversario sin sentir en seguida el golpe en el propio pecho. Yo no creo que hombres que deben servir como hermanos de armas á la causa comun, hagan bien combatiéndose mutuamente como gladiadores, rivalizando en intrigas y en acusaciones en vez de rivalizar en prudencia y en talento, y buscando en el desprestigio y aniquilamiento mútuos un éxito punible y un trofeo de un día que tanto perjudican á todo, incluso á



Grabado de una hoja volante de la época en que se abolieron los títulos nobiliarios y las condecoraciones, las cuales debían entregarse en la secretaría del respectivo ayuntamiento

la fama. Pero yo debo deciros que entre los que profesan mis doctrinas encontrareis los hombres mas mesurados que no creen que la verdad resida en los extremos y que el valor de la destruccion no debe ser sustituido por el valor de la reconstruccion. Entre ellos encontrareis la mayor parte de aquellos ciudadanos de accion que, al comenzar los Estados generales (así se denominaba esta Asamblea nacional en los albores de la libertad), pisotearon tantas preocupaciones, arrojaron tantos peligros, opusieron tantas resistencias para penetrar en el seno de las municipalidades, á las cuales esta adhesion daba el valor y la fuerza necesarias para realizar vuestra gloriosa revolucion. Entre ellos encontrareis á aquellos tribunales populares que la nacion contará durante mucho tiempo en el número de sus libertadores á pesar de todos los aullidos de las medianías envidiosas; á aquellos hombres cuyos nombres desarmen la calumnia, cuya fama como hombres y como patriotas no han podido empañar los mas insolentes libelistas; á aquellos hombres, en fin, que sin mancha, sin ambicion y sin miedo bajarán á la tumba orgullosos así de sus amigos como de sus enemigos.»

El sentimiento de la actividad triunfante en pro de la monarquía puesta en armonía con el verdadero pensamiento de la revolucion; aquel sentimiento que le inspiró el discurso que acabamos de citar, no volvió á animar á Mirabeau despues del 22 de mayo ni en la tribuna ni en sus manejos secretos en favor de la corte. En su correspondencia con el

conde de la Mark y en sus dictámenes dirigidos al rey, vemos un celo febril para aconsejar y auxiliar, una verdadera pasion de moverse é influir, pero no encontramos éxito alguno, pues el único soberano efectivo que habia entonces en Paris, y aun en Francia, el general Lafayette, para atraerse al cual hizo Mirabeau todos los esfuerzos imaginables, rechazó siempre las tentativas de aproximacion y aun de inteligencia que se le hicieron. Despues se arrepintió y se echó en cara el no haber podido vencer la repulsion que le inspiraba la inmoralidad de Mirabeau; pero no fué este el motivo que le indujo á rechazar aquellas tentativas. Lafayette no queria compartir el primer puesto á que habia llegado con quien fuese superior á él, porque temía perder tan elevada posicion. Al preguntarle un amigo de Mirabeau por qué no queria oír hablar de este, contestó: «He triunfado del poder del rey de Inglaterra, de la autoridad del rey de Francia y del furor del pueblo, y no retrocederé ante Mirabeau (1).» Estas frases demuestran la desmedida soberbia de aquel hombre de inteligencia limitada.

El giro que tomaban las cosas en la Asamblea no era el mas á propósito para consolar á Mirabeau de aquella derrota. En la sesion nocturna del 19 de junio de 1790, que por lo agitada recordaba la del 4 de agosto, fueron suprimidos to-

(1) Mirabeau á de la Mark, 26 de junio de 1790. Bacourt, II, página 54.